

El jardín sombrío de Sol Acín

Autor: Antón Castro

**Publicado en: El Día de Aragón, suplemento Imán nº 9, páginas 12 y 13.
Noviembre 1988**

«Si mis padres estuvieran aquí ahora, pensarían que su historia, su muerte trágica en aquel agosto de 1936, en las tapias del cementerio, no sería nada excepcional. Forma parte de la furia y de la barbarie de aquella época. Me parece importante restaurar la memoria histórica. Aquello no se puede olvidar, pero nada más. Mi hermana Katia y yo hemos tenido una niñez muy especial y sin embargo nunca nos hemos sentido diferentes de nadie: la historia de mi familia es una historia conocida, es una historia de muchas personas». Habla Sol Acín, una mujer dulce y acaso enigmática, profesora de francés, que desgrana los recuerdos de su padre, el creador Ramón Acín. Sol parece instalada en un tiempo aparte y apacible en el jardín sombrío de la memoria. Desde el confín indeciso de la lejanía irrumpen imágenes desdibujadas: la presencia de la madre que hace sonar el piano de noche, una tarde misteriosa de cierzo enloquecido que muerde las rejas y los cristales, un tumulto de soldados falangistas en la calle o la voz exasperada de una mujer que grita, en medio de ápresurados pasos y rumores: “Ramón, Ramón”. Sol Acín no sólo recuerda a su progenitor, de quien se conmemora el Centenario de su nacimiento (Huesca 1888-1936), sino su propia odisea personal en busca de sí misma a través del largo túnel de una España hendida y abierta en temor, sangre y resentimiento. El suyo, antes que nada, es un testimonio sereno y transparente con un paisaje de dolor al fondo.

La tarde, afuera, declina sobre los edificios de la Romareda y el cielo parece encendido por una lengua de fuego bajo nubes malvas que anticipan la noche. Las calles desde arriba simulan culebras grises y azules, laberintos desdibujados para un transeúnte imprevisto. La casa de Sol Acín es hermosá y sencilla, sin lujos, sin arabescos ni extravagancias. El cuarto de estar es recogido, está lleno de cuadros y de baldosas de cerámicas que perfilan escenas de tauromaquia y de artistas. Contra una pared, hay dos hermosas estanterías de madera labrada, cargadas de volúmenes -distingo ejemplares de Hölderlin, Rilke, Pound, Octavio Paz...-, que pertenecieron hace casi un siglo al tío Santos. Sol habla con una dulzura exangüe, lentamente, como si buscara en el hontanar del silencio y en los precipicios de la remembranza la imagen precisa, la palabra exacta.

—Mi recuerdo de la vida con mi padres es maravilloso pero global. Era absolutamente feliz, vivía plenamente y sé, sólo por sensaciones, que tal vez me hallaba más ligada a mi madre que a mi padre. Convivíamos más con ella y me acuerdo perfectamente que jugaba con nosotras en el Hortal, aquel terreno con yerbas y acacias a modo de jardín que teníamos en nuestra casa. Allí hacíamos nuestros juegos: corríamos, jugábamos a la pelota.

1 El piano en el jardín

—¿Conserva alguna imagen de la relación entre su madre y su padre?

—Sí, una cosa muy bonita. Una noche estaba junto a mi madre en el momento en que mi padre bajaba las escaleras después de cenar, cuando se iba al Sindicato y entonces mi madre le dice: ‘Moncico, Moncico, ¿volverás pronto?’. Me imagino que eso era muy frecuente y supongo que ese recuerdo pertenece ya la última época. La situación comenzaba a estar difícil y mi padre acudía con más frecuencia al Sindicato. De golpe, me doy cuenta que, pese a la vida difícil que tuvo que vivir mi madre por la actividad política de nuestro padre, eso no trascendió jamás, no nos dimos cuenta de ello. Mi madre siempre fue una mujer cariñosa, llena de vitalidad y simpatía, a la que no recuerdo haberle visto la cara preocupada o triste.

—La figura de su madre, parece muy importante en su vida familiar. Creo que tocaba el piano...

—Sí. Había estudiado la carrera de piano con un sacerdote que se llamaba Coronas. A mí me gustaba mucho que lo tocara y solía hacerlo muchas veces, especialmente cuando nos íbamos a dormir. Pensaba que era un buen momento y le encantaba interpretar. Lo hacía muy bien.

—Su padre estuvo en la cárcel en 1933 e incluso llegó a enviarles una bella carta, con la célebre paloma. ¿No fue aquel un momento de tristeza para ustedes?

—No, para mí o al menos no me acuerdo. En todo caso sí recuerdo haber escrito algo dramático, no sé qué con exactitud, que acentuaba una dimensión muy triste de la vida. Mis padres lo leyeron con mucho interés, con curiosidad. Yo lo atribuyo a que empezaba a surgir dentro de mí un cambio porque ya debe ser así cuando se pasa de la niñez a la adolescencia. O tal fuese un presagio de lo que estaba ocurriendo porque ya se captaba en el ambiente algo de preocupación.

—¿Se entera del Alzamiento Nacional?

—Oh sí, naturalmente. En el periodo anterior veo con claridad situaciones personales mías: tengo el recuerdo nítido de un día en que estaba detrás del balcón de mi casa en una tarde de viento y sentirme muy impresionada por eso, por el cierzo, por el látigo del viento, y al mismo tiempo —a pesar de que en mi casa nunca se nombró la palabra Dios, ni habíamos hecho la primera comunión, ni se trataban los temas religiosos— percibía con frecuencia un cierto sentido de la divinidad a través de la vida que yo llevaba. En casa nunca se pronunciaba la palabra Dios pero yo intuía algo. Mi madre tampoco hablaba del tema, estaba totalmente de acuerdo con mi padre, aunque había tenido una formación religiosa normal y había estudiado en una escuela de monjas.

—Me da la sensación, por aspectos que usted ha comentado, que la propia casa, que debía ser como un museo de atmósfera mágica, ha debido condicionar de un modo muy claro su carácter...

—Sí, supongo que sí. Claro que sí. Más que nada percibía una sensación de la que entonces no era consciente ni estaba racionalizada, pero lo puedo decir ahora con toda la perspectiva de todos estos años: experimentaba una impresión de seguridad total y absoluta. No obstante, es curioso aquel recuerdo del viento por detrás de las rejas del balcón. Creo que yo captaba inconscientemente una dimensión más o menos trágica que estaba fuera de mi casa.

2 Premoniciones

—De repente estalla la Guerra Civil. ¿Hubo agitación en su casa, nerviosismo, cómo se recibió el fogonazo?

—En los días previos, el estudio de mi padre estaba lleno de gente y se escuchaba continuamente la radio con mucho interés y preocupación. Y una noche, al marcharse unos amigos que estaban en casa, me eché a llorar de golpe y mi madre me cogió en brazos y me preguntó: 'Nena, ¿qué te pasa, por qué lloras?'. Creo que le respondí: "Porque te matarán". Lo recuerdo perfectamente. Quizá dije eso porque vislumbré una especial tensión en mi casa y, como ya era bastante mayor para leer los epígrafes de los periódicos, por entonces escribí una especie de poema que se llamaba "Grandeza y miseria", título que había tomado del titular de un periódico. Habla en mí, desde muy joven, una necesidad de escribir.

—Su padre fue de los primeros en caer. ¿Qué pasó, lo fueron a buscar a casa? ¿Cómo fue aquel episodio?

—Mi padre era anarquista y se había significado en la lucha obrera. En cuanto empezó la alarma y se comprendió que la situación era muy grave, mi hermana Katia y yo pasábamos la mayor parte del día en casa de mis primas que vivían en el entresuelo. Cinco días después del inicio de la Guerra, el 23 de julio, subí toda ilusionada a mi casa, llamé, abrió mi madre y le dije: "Mamá, hoy es mi cumpleaños", y sencillamente me di cuenta que se

había olvidado. Hubo registros, aunque no logro acordarme de ello. Lo que sí recuerdo es el día que se llevaron a mis padres: era por la tarde, yo estaba sentada en una reja del piso con la ventana abierta porque hacía calor mirando hacia la calle de las Cortes y entonces vi una serie de falangistas que se iban colocando a poca distancia en la calle. Y delante de mí había un soldado que manipulaba el cerrojo del fusil. Un instante después oímos voces en la escalera, y escucho “Ramén, Ramón” por parte de mi madre. Katia y yo queremos salir a la puerta para verlos pero nuestra prima Enriqueta nos lo impide. Era la última vez que los vi. A mi padre lo fusilaron esa misma noche en las tapias del cementerio, el 6 de agosto, y el 23 hicieron lo propio con mi madre tras haber estado en la cárcel. Algunos días después, Enriqueta nos dijo que habían bombardeado la cárcel y que mis padres habían fallecido dentro.

—¿Qué sensación recibe, entonces, una niña de once años? ¿Cómo acoge la noticia la noticia?

—Ninguna, porque no lo pude asimilar. No me enteré. Algunos días después hubo un bombardeo y lo único que había bajado yo de mi casa de la Ená al entresuelo —donde íbamos a vivir—, a la casa de mis primas era un muñeco con su baúl y sus ropas. Cayó una bomba y me destrozó al muñeco y yo creo que aproveché inconscientemente la ocasión para llorar también por mis padres porque me desesperé mucho ver al muñeco destrozado, pero en la muerte de mis padres no he podido pensar nunca. Ahora con toda esta ‘movida’ es cuando verdaderamente empiezo a pensar y es deniasiado terrible. Hasta ahora no he podido pensar en eso.

3 La Posguerra

—¿Cómo fue la posguerra, con quién se quedan a vivir?

—Estuvimos una temporada en casa de mis primas y después con mi tío Santos y Rosa en Jaca. Al final de la Guerra volvimos a Huesca y permanecimos allí diez años. Durante todo ese tiempo no hablamos de nuestros padres. Sólo en una ocasión, mientras yo le hacía las trenzas a Katia, ella me preguntó si creía lo del bombardeo y le contesté: ‘No. Claro que no’. Fue la única vez que hablamos de nuestros padres. Sin embargo aquel hecho no me obsesionó, no ¡nc obsesionó nunca. Para mí cayó un telón y empecé a vivir de otra manera. Toda aquella vida anterior parecía no tener nada que ver conmigo.

—¿Qué cambió para ustedes, cómo fue la existencia en la casa de sus tíos?

—¿Aquel invierno de 1939, mis tíos Santos y Rosa creyeron que debíamos hacer la primera comunión y fuimos con una monjita a un colegio de allí para que nos enseñara la doctrina cristiana. Me desmayé un poco después de haber comulgado, me lo tomé todo absolutamente en serio y pensé en más de una ocasión que sustituía a mi madre por la religión. A lo largo de casi todo el Bachillerato yo era una persona de casi comunión diaria, pertenecía a la Corte de Honor del Pilar, era Flecha de Falange. era benjamina de Acción Católica y de repente un día me dije que ya bastaba y me desligué de todo: dejé de comulgar y cometí el pecado del Espíritu Santo, el pecado de la soberbia al enfrentarme frontalmente a todo. Sentí la necesidad de hacerlo y lo hice. Tendría entonces 16 ó 17 años. Poco a poco iba enlazando con mi niñez, y pasó bastante tiempo hasta que logré ser yo misma. ¿Mis tíos? Santos era distinto a mi padre, 20 años mayor, de opuesta mentalidad, trabajador y simpático. Mi tía era una persona que, por no tener hijos, se le notaba su falta de experiencia en el trato con niños. Pero fueron muy correctos y llegaron hasta donde podían llegar.

4 El tiempo recuperado

—**Luego usted estudiará en Zaragoza, Barcelona y Madrid, Filología Hispánica. ¿Llegó a plantearse en algún momento la figura de su padre, la proyección global de su progenitor en el contexto de la cultura española y aragonesa?**

—Jamás. No estaba la situación para eso. Nunca se me ocurrió, además yo me he sentido

desligada de mi tierra, lo cual no quiere decir que no tenga una relación muy entrañable con la gente que conozco, con mi **familia** de Huesca, pero cualquier tipo de localismo me eriza instintivamente. Por otra parte, yo tenía la necesidad típica de *escapar* de mi generación (Sol Acín nació en 1925) y si me marché fue por eso naturalmente. Aquí se vivieron unos años de auténtica asfixia, de miedo. No sabía muy bien lo que quería, pero lo que no quería de ningún modo era lo que tenía a mi alrededor. También existe un dato que me parece curioso; si se hubiese dado la circunstancia durante mi época de estudiante de haberme encontrado con alguien comprometido políticamente, con toda seguridad me hubiera comprometido. Luego me marché a Munich con la intención de estudiar artes gráficas.

—¿Le llegó a influir la obra de su padre, impulsó su vocación?

—No. Yo sólo tenía deseos globales propios de la juventud, pero de una manera vaga e intensa a la vez. Eso me ha hecho pensar que yo era una persona con todas las posibilidades y todos los entusiasmos, nada condicionada por mi vida anterior, por el drama de mi niñez. Luego me casé con un músico alemán que se ganaba la vida como realizador de TV, tuve dos hijos, vivía caballo entre Alemania y España y en 1968 retorné definitivamente a España, a San Sebastián. Luego pasé otros dos años en Huesca y en 1972, me instalé en Zaragoza definitivamente.

—¿Llega a producirse en usted, a partir de la democracia y con el reconocimiento público de Ramón Acín, una suerte de redescubrimiento de su padre?

—No, exactamente. Yo lo había valorado siempre como ser humano, como artista, como pedagogo... Siempre he creído que la dimensión humana y social era lo más importante de Ramón Acín. Todo lo demás está en segundo lugar. Si hubiese sido de otro modo, seguramente habría sido un gran pintor porque hubiera pasado por encima de su familia. Los artistas son así y siempre he sentido una gran admiración por mi padre precisamente porque no se decidió a ser exclusivamente pintor o ideólogo político.

Sol Acín enmudece. La emoción revierte hacia adentro, transita de nuevo por el jardín sombrío del alma. Sobre la mesa duerme su poemario 'Hacia ese cielo oscuro' ('Ambito literario', 1979), escrito entre 1950 y 1960. «A mi no me conceda ninguna relevancia — ruega dulcemente—. Si hablo de mi familia, de mi padre es para recuperar nuestra memoria histórica, porque la historia no debe olvidarse. Mis palabras y mi vida carecen de importancia sólo soy la hija de Ramón Acín». O acaso una mujer que podría simbolizar muchas mujeres, muchos hombres desposeídos de raíz por la tragedia oscura que se han negado a la derrota, que han sabido levantarse del vasto torbellino de cenizas. Sol Acín somos un poco todos: Sol Acín es sólo ella, hondura estricta, firmeza únicamente.

Mirada al padre

Amor y pedagogía

«Las personas que han conocido a mi padre y más lo recuerdan son sus alumnos. Ignoro cómo era como ¡maestro... Sólo sé que con los niños en casa era muy paciente, muy directo y afable, y a la par nos decía muy bien lo que teníamos que hacer. A mí no tanto, que era la más pequeña

(mi hermana Katia tiene algo más de un año que yo), pero siempre albergaba la preocupación de que todo lo hiciésemos bien».

Pintura, escultura

«Creo que su obra sigue manteniéndose en la vanguardia histórica, y resulta muy moderna. Encuentro que, contemplada en su globalidad, demuestra una gran sabiduría en relación con las habilidades técnicas y al mismo tiempo deviene muy sencilla y delicada».

Política

«Le preocupa la justicia social, pero sin dejar de ser un humanista. Era un hombre instruido e inquieto, con gran intuición, capaz de entender rápidamente lo que ocurría en su entorno».

Prensa

«Creo que le sale una escritura espontánea para que sus ciudadanos le entiendan. No sólo se trata de decir cosas, sino de decirlas de modo que lleguen a todos: eso es lo fundamental tanto en prensa escrita como en dibujo. También creo que si su orientación fuese otra, hubiese llegado a ser un gran periodista».

Humor

«Siempre he pensado que mi padre tenía un gran sentido del humor, una intuición inmediata y yo me imagino que poseía una gracia especial para contar las cosas, casi in modo de interpretación. Recuerdo una anécdota que me contó alguien. En una ocasión, gente muy importante de la política discutía acaloradamente y él permanecía callado. De pronto, se dirigieron a él y le preguntaron: ¿Acín y tú qué opinas? Respondió: “Hay que adecantar las cárceles”. Tenía un humor fino, aragonés, con una gracia especial y una cierta picardía. Era muy buen psicólogo y hablando con él, el interlocutor se sentía escuchado. Ofrecía comunicación. O al menos eso supongo yo».

“Lo hemos dicho Katia y yo: nos parece admirable todo lo que se está haciendo, no se escatiman medios, eso es lo fundamental si no, no se pueden hacer las cosas, pero la manera de **hacerlo** es igual de importante. En el gran homenaje a mi padre están trabajando las personas adecuadas, con gran afecto y admiración y todo se está llevando a cabo con gran simpatía”, afirma Sol Acín. Arriba una foto del matrimonio Ramón Acín— Conchita Monrás; abajo Conchita Monrás con sus dos hijas, Katia y Sol, y a la derecha, una estampa de la niña Sol intentando hacer sonar las cuerdas de un violín poco antes de la Guerra Civil.